

UN CAMELLO EN EL OJO DE LA AGUJA

(Publicado originalmente en *Arqcrítica*, nº 8 1994)

Miguel RIVERA DORADO
Dpto. de Historia de América I
Antropología de América - U. C.M.

Resumen: *Algunos países iberoamericanos no han resuelto todavía el grave problema de la integración de sus habitantes en el Estado-nación surgido después de las guerras de independencia del siglo XX. México, por ejemplo, con decenas de etnias indígenas y numerosas lenguas de diversas raíces trata de hacer partícipes a todas las gentes de un proyecto político único enfatizando los rasgos nacionalistas de una mexicanidad convencional. La arqueología ha sido una de las herramientas utilizadas sistemáticamente en tales planes, lo que repercute a menudo en el aumento de inversiones en investigación, en la selección de proyectos y datos, o en la manipulación de informes científicos.*

Abstract: *Some Latin-American countries have not solved yet the serious problem of integrating their populations into the Nation-State created after nineteenth century wars of independence. Mexico, for example, with dozens of indigenous peoples and numerous languages with diverse roots, is trying to involve all peoples in a single political programme that emphasizes the nationalist elements of a conventional Mexican essence. Archaeology has been one of the tools systematically used in those plans, which often translate into an increase of investments in research, project and data selection or manipulation of scientific reports.*

En todo tiempo de angustia y también

en el de nuestro triunfo,

el juego vence siempre al jugador

y el barco a su tripulación.

Rudyard Kipling.

Si existe un fenómeno poco necesitado de arduas justificaciones es la reiterada vinculación entre arqueología y nacionalismo. El nacionalismo, sea cual sea su grado de aceptación como ideología y adozca o no de algún talón de Aquiles –problemas de integración social, impugnación del sistema político, desastres económicos, boicot exterior- requiere de signos de identidad colectiva mucho más nítidos, convincentes y penetrantes que otras estructuras organizativas. Como creación ejemplar de la ideología burguesa liberal emergente a finales del siglo XVIII, y puesto que es en práctica una magna representación fabulosa de la comunidad, procura encontrar esos signos en el terreno de las imágenes mejor aceptadas y más elaboradas por el inconsciente, que suelen ser aquellas emparentadas con los conceptos de progreso, seguridad, independencia, libertad, orden, abundancia, solidaridad y armonía. Es decir, la pedagogía de nacionalismo casi siempre recurre a las irracionales y románticas señales que iluminan el tiempo idílico de la formación del grupo, la época dorada en que reinaba la "justicia sobre la tierra, cuando la naturaleza era aún ubérrima, cuando éramos "nosotros mismos" antes de la contaminación provocada por el "cambio", un cambio que se debe muy a menudo a la llegada del "otro", el enemigo que trajo e impuso sus costumbres, o su lengua, o su dominación, etcétera, etcétera. Naturalmente y en la mayoría de los casos si se trata de estados jóvenes, *in illo tempore* resulta estar situado en un contexto arqueológico, lo que, además de ser bastante profiláctico por las razones que luego aduciremos introduce en el discurso nacionalista un interesante efecto de tensión que puede ser manipulado o desviado

hacia posiciones de ansiedad o agresividad, ya que los productos de la arqueología se encuentran por lo general bajo la superficie del suelo que pisamos, un paraje mentalmente deseado e indeseado a la vez, pues en él se depositan los muertos y de él se extraen los tesoros. El ámbito de la arqueología es limpio por definición, el tiempo y la tierra se encargan de limpiar los objetos, las sociedades y las ideas, de igual modo que se encargan de pulir los esqueletos de los difuntos; y en ese pulcro horizonte cuya despejada tersura apenas se interrumpe con varias columnas rotas, fragmentos de muros inestables y olvidados enseres, la manipulación es fácil y cualquier orador de mediocre potencia alcanza a trazar allí las gruesas pinceladas que su intención le dicta. Los modernos fascismos europeos saben mucho de tales procedimientos (véase por ejemplo, Torelli 1991), por ser nacionalismos hipertrofiados, pero no hay que remontarse a tan amargas experiencias históricas, basta con rebuscar en nuestro propio entorno de ahora mismo para descubrir toda una gama de posibilidades. Dado que mi especialidad es la arqueología americana, voy a procurar a ofrecer un bosquejo de lo que sucede en el Nuevo Mundo, al menos en determinados lugares en los que han existido o existen rotundos motivos, casi siempre inconfesados o abiertamente rebatidos, para recurrir con mayor asiduidad o más profunda constancia a los mensajes sociopolíticos de contenido precolombino.

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

En América Latina ocurre algo que es raro en otras latitudes y que en ocasiones no alcanza a ser comprendido por los europeos. El sentido del proceso histórico lineal que tenemos del lado acá del Atlántico, mediante el cual aceptamos que nuestras sociedades son la consecuencia de milenios de acontecimientos de muy diversa índole, en los que se entremezclan de manera inextricable, irremediable e indisoluble, razas, etnias, culturas, poderes, conciertos y creencias, y que tal proceso de amalgama se ha sedimentado ya hasta el punto de mostrar en su precipitado final un semblante relativamente homogéneo al que tildamos con palabras como *moderno, occidental, industrial, capitalista, cristiano*, o, más reciente y poéticamente con la frase *primer mundo*, ese discernimiento, digo, no sirve de gran cosa en los países del continente americano. Ahí el proceso se vio brutalmente torcido por una circunstancia de colosales dimensiones que, contrariamente a la regla euroasiática, no llegó a ser parte de él, sino que se superpuso sin imbricarse, la llamada conquista y colonización del inmenso territorio a manos de un puñado de españoles, esa peripecia que en vez de diluirse en el crisol de los normales contactos entre los pueblos –normales desde la apreciación antropológica desprovista de juicios de valor, porque es bien sabido que en este caso como en muchos otros la más pavorosa violencia fue la regla-, quedó petrificada en un insólito modelo de relaciones, se enquistó voluntariamente bajo la atinada apreciación de la realidad que concluía que toda modificación, todo avance, podía invertir los términos del orden azarosamente establecido o amenazar el predominio de los conquistadores. En la India también sucedió algo semejante en el segundo milenio antes de nuestra Era, pero la posterior minoría aborigen se incorporó en una forma u otra al modelo global a través del sistema de castas, o mediante el credo religioso. En América no; en América nunca los indígenas llegaron a ser americanos, no se les dejó ser americanos, sea lo que sea lo que tal adjetivo implica. En América las castas funcionaron como dos sistemas paralelos, no como el andamiaje de una única construcción social, por muy endogámicos, asimétricos, desiguales y carentes de movilidad que fueran sus estratos o pisos. Cuando los estados imperialistas europeos se retiraron de sus colonias de África, Asia u Oceanía, el poder político fue ocupado por gentes que eran racial y culturalmente herederas de aquellas otras nativas que habían sido sojuzgadas; en América, sin embargo, otros españoles sustituyeron a los españoles, no los indios, no los mapuches, o los aimaraes, o los zapotecos o los tarahumaras. En la Indonesia posterior a los holandeses gobiernan los indonesios, pero en el México posterior a los españoles no gobiernan los mexicanos. En la República de Suráfrica han llegado por fin a las instituciones los pueblos bantúes y zulúes, pero ¿cuándo llegarán al parlamento de Guatemala los mayas?

Por todo ello, en el momento que las extrañas colectividades que habitaban el continente americano a finales del siglo XVIII y durante todo el XIX, quisieron convertirse en naciones, según la moda imperante por Europa por entonces, se encontraron con que debían integrar, dar las pertinentes señas de identidad cultural, no sólo a gentes de distinta clase, ocupación,

lengua, educación, origen o aptitudes, sino a una pléyade de seres pertenecientes a otro mundo, el prehispánico, que como marcianos, asistían impasibles a las guerras de independencia del mismo modo que habían asistido durante trescientos años a la puesta en escena de la colonia. La colonia y la independencia producían a esos indígenas sufrimientos y muerte, pero a la manera en que lo hacían las catástrofes naturales, y aún de forma más distante y ajena, como si se tratara de un atroz, raro e incomprensible mal para el que, todavía en 1810, no encontraba fácilmente casillas lógicas donde ubicarlo, o rasgos asimilables por su propio sistema clasificatorio. Incluso ahora, si hay grados de integración social en estos tiempos de fronteras en los que una colectividad dada se presenta bajo los renglones de *país* o *estado*, el más bajo corresponde a los yanomami venezolanos, a los shipibo brasileños o a los mayas mexicanos, un grado muy inferior al de los negros norteamericanos o al de las tribus juveniles urbanas. Es decir, insisto en que el problema queda hasta desenfocado al aplicar el concepto de integración, concepto por el que se mide con una escala uniforme la "cantidad" y la "calidad" de la participación de una minoría en las pautas culturales que propone y difunde el núcleo pensante y gobernante de la mayoría, pues es cierto que, por mucho que los indígenas americanos adopten paulatinamente elementos de la cultura occidental, sobre todo materiales, desde machetes a televisores, y cambien sus atuendos, y aparentemente alguno de sus valores, siguen siendo culturas autónomas en lo esencial, sociedades que se identifican con símbolos totalmente ajenos a los de la tradición europea. Y si esto es todavía así a finales del siglo XX cuál no sería la situación a principios del siglo XIX, en el momento de la maduración de los movimientos independistas que darían lugar a su vez a las actuales naciones iberoamericanas.

En resumen, los pequeños grupos políticos ilustrados que enarbolaron la llamada bandera de la libertad en el continente americano, se encontraron con que en las demarcaciones sobre las que pretendían imponer su control convivían un gran número de comunidades radicalmente distintas entre sí y que mantenían vigente un sistema de relaciones fósil. Forzar la colaboración de todas esas comunidades en la empresa única de la independencia suponía perfilar con claridad al enemigo de todos, es decir, a los españoles y lo que representaban, y, por ende, levantar el retrato de las nuevas naciones libres con rasgos bien diferentes y hasta enfáticamente opuestos. De tal planteamiento surgió esa extraordinaria paradoja que produce hasta el día de hoy los mayores quebraderos de cabeza a los regímenes latinoamericanos: lo contrario a lo español era lo indígena, muy especialmente lo indígena en su faceta precolombina, no contaminada, que además había sido aplastada de manera inmisericorde por los ejércitos antecesores de los que ahora se combatía: en tal caso, las raíces de las nacientes sociedades debían buscarse en los tiempos anteriores a Colón, y las culturas prehispánicas debían ser reivindicadas como el sustrato y alimento de del proyecto de futuro continental. En fin, que lo que era una suerte de guerra civil, hispanos contra hispanos, que ni siquiera implicaba conflictos de clase, se convirtió retóricamente por arte de birlibirloque en la venganza de las naciones indias ultrajadas y desposeídas tres siglos antes.

En el virreinato de la Nueva España las estaban bien claras desde que el precursor de la arqueología nacionalista mexicana, Carlos de Sigüenza y Góngora, protagonizara episodios tan curiosos a finales del siglo XVII como el que menciona Ignacio Bernal (1979: 50). Con motivo de la entrada de la ciudad de México del virrey conde de Paredes se erigió, según era costumbre, un arco triunfal. Sigüenza opinó que no debía adornarse como en anteriores ocasiones con figuras de dioses de la mitología clásica mediterránea, sino que "el amor que se le debe a la patria es causa de que despreciando las fábulas se haya buscado idea más plausible con que hermohear esta triunfal portada", y para lograr tal fin decoró el arco con las efigies de los emperadores aztecas, y dado que se necesitaban doce figuras y que sólo hubo once emperadores, completó el conjunto con la imagen del dios Huitzilpochtli.

Pero son los escritores del siglo XVIII los que delinean y empujan definitivamente el ideal de una nacionalidad que descansa en la grandeza monumental de las culturas precolombinas. El veracruzano Francisco Javier Clavijero ensalza el pasado en su obra *Historia antigua de México*, su discípulo José Antonio de Alzate publica *Antigüedades de Xochicalco*, y redacta en relación a los indios de México párrafos tan interesantes como éste: "los negros y viles colores con lo que por lo regular nos lo pintan los Autores Extranjeros, [son el motivo que] me movió hace unos años a indagar su origen, sus usos y costumbres, y en una palabra, todo lo concerniente a sus artes, Ciencias, etc."; para ello Alzate se preocupa por los "Monumentos de

arquitectura...un edificio manifiesta el carácter y cultura de las gentes...Sabemos que muchos hechos históricos han sido confirmados o destruidos en virtud del hallazgo de una Medalla o una Inscripción... Si el celo indiscreto de algunos y la codiciosa ignorancia de otros, no hubiesen destruido los Monumento Mexicanos, se podría coleccionar una grande porción de antigüedades con que averiguar el legítimo origen de los indios, sus costumbres..." (cf. Bernal 1979: 73).

Sin embargo, el punto culminante de tanto fuego de artificio barroco fue el descubrimiento accidental en 1790 de dos monolitos esculpidos cuando se realizaban en la Plaza Mayor de la ciudad de México obras de canalización y embellecimiento. Se trataba nada menos que de la hoy famosísima estatua de la diosa Coatlicue y del archiconocido Disco del Sol, mal llamado calendario azteca. Antonio de León y Gama, curioso personaje, que lo mismo impartía docencia sobre mecánica en el Colegio de Minería que redactaba un opúsculo sobre las virtudes de las lagartijas para la curación del cáncer, escribió a la sazón su *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*, que se puede afirmar que es el primer trabajo estrictamente arqueológico mexicano. Y el asunto tendría una importancia menor si no fuera porque el revuelo causado por el hallazgo vino a incrementar el fuego de la caldera independentista que ya hervía en las mismas narices del virrey conde de Revillagigedo, quien ante el auge de la opinión ilustrada, tuvo que ordenar que se conservaran las paganas piedras, en lugar de ser destruidas como hubiera sucedido unas décadas antes. Pues la cuestión era si la preservación, e incluso la exhibición, como solicitaban varios patriotas de esos *monumentos* prehispánicos, además de atender al buen gusto artístico y de producir inquietud en los celos de la ortodoxia católica, podía excitar la vena rebelde o dar motivos adicionales de alabanza de las sociedades arrasadas por la invasión española y ahora convertidas en emblemas del Nuevo México. Los rectores de la Universidad de México, a donde fue llevada la pesada piedra que representaba a la diosa Coatlicue, madre del dios Huitzilpochtli, numen étnico y tribal de los aztecas mexicanos, dijeron que era indigno colocarla al lado de las réplicas griegas y romanas allí expuestas y que constituían un regalo de Carlos III, que perturbaría el buen juicio de la juventud mexicana, y también según algunos rumores no confirmados, atribuidos a Humboldt, opinaron para sus adentros que esa imagen podía hacer revivir los viejos cultos indígenas, nunca borrados del todo a pesar de la inclemente acción de los tribunales inquisitoriales. Así que fue enterrada otra vez, y sólo entrada la década de los veinte del siglo XIX, y por motivos explícitamente nacionalistas, se la colocó en la esquina de un corredor, entre tablas y muebles viejos para que su horripilante fealdad no llamara demasiado la atención. Hoy esta figura ocupa un puesto de honor en el Museo Nacional de Antropología del parque de Chapultepec y es considerada la obra maestra de la estatuaria expresionista prehispánica.

Los procesos de colonización e independencia de México y Perú fueron muy diferentes por distintas razones. Basta con decir aquí que mientras Hernán Cortés percibió en seguida la trascendental importancia estratégica del emplazamiento de la ciudad prehispánica de México-Tenochtitlán (viendo el asunto no únicamente desde la perspectiva militar o económica), y por ello levantó la capital del virreinato en ese mismo lugar, con el palacio de gobierno y la capital católica muy cerca de donde estuvieron previamente los palacios de los emperadores aztecas y el templo mayor dedicado a los dioses Huitzilpochtli y Tláloc, Francisco Pizarro prefirió alzar su capital en un modesto valle de la costa del Pacífico y abandonar la lujosa corte de los emperadores incas en el cuzco andino. Debido a ello México fue mestizo desde el principio (entendiendo el término mestizo principalmente en su acepción biológica), se impuso el centralismo y el virreinato gozó de cierta unidad, y Perú, quedó escindido dramáticamente entre blancos e indios, entre costa y sierra. Tal vez no haya indios más prehispánicos en América que los quechuas actuales de las altiplanicies de los andes, habitantes de los cerros y las quebradas, muy poco "peruanos" por el Perú es sobre todo Lima, tres mil metros por debajo y a más de mil kilómetros de distancia casi insalvable. Eso fue lo que quisieron los conquistadores españoles, que no aprendieron a respirar bien en el páramo y que deseaban estar cerca del mar para poder escapar de tan duro paisaje en cualquier momento. Así que la independencia del Perú se hizo casi contra los propios peruanos y ante la despreocupación de la abundante población indígena. No hubo un León y un Gama en Lima, entre otras razones porque en Lima no había grandes monumentos incaicos, y allá donde se encontraban tales monumentos, en Cuzco y sus alrededores, se concentraba la peligrosa y despreciada masa de indios con la que los criollos no tenían, ni querían tener, nada en común. La utilización nacionalista de la arqueología se plasmaría después en pintorescas referencias a la tradición precolombina,

desde la denominación de la moneda del país como Sol o Inti hasta la fabricación de una bebida refrescante llamada Cola, pero, en todo caso, nunca en los Andes Centrales el fenómeno adquiere la planificación, la tenacidad y la virulencia que en México.

DUELO AL SOL

El paso siguiente fue la forja y manejo de los símbolos. Estoy hablando de países donde todo el pasado que no es historia colonial es arqueología, y donde, consecuentemente el prestigio que la antigüedad confiere al símbolo no puede proceder más que de la etapa prehispánica. Las minorías criollas que monopolizaron el poder desde principios del siglo XIX construyeron un curiosísimo modelo de sociedad civil, y en tal elaboración teórica se confundían las referencias simbólicas europeas en las que esas mismas minorías encontraba identidad la nación toda. Por ejemplo, en la elección de banderas con sus respectivos escudos –uno de los símbolos patrios por excelencia, cuyo uso precolombino no ha podido ser probado convincentemente-, encontramos de todo: el águila erguida sobre un nopal con la serpiente en el pico, de la bandera mexicana (un símbolo de la mitología azteca presente de manera parcial en algunas piezas arqueológicas del período Postclásico), el quetzal de la enseña guatemalteca (pequeño pájaro capturado en época precolombina con el objeto de aprovechar sus espléndidas plumas, emblema de rango y de las que se hacía un extenso comercio en toda Mesoamérica), y la llama de la bandera peruana (aquénido de tupido vellón propio de los pastores andinos desde los tiempos más remotos, animal de transporte, origen de una floreciente industria incaica y de un importante comercio, y con cuya lana se manufacturaban vestidos que constituyen rasgos esenciales de la arqueología del área). Junto a estos elementos indígenas, por supuesto, la más variada muestra de laureles, coronas, entorchados, siluetas heráldicas, armas y otros diseños típicos de la tradición romántica europea.

En las dos regiones americanas en donde surgieron formas complejas de organización sociopolítica antes de la conquista, es decir, en Mesoamérica y en los Andes Centrales, uno de los rasgos predominantes de las arqueologías locales es la arquitectura monumental. Tanta y tan colosal que los esfuerzos purificadores de los españoles –arrasando templos o edificando los cristianos encima de los paganos-, o la necesidad de materiales de construcción no han podido apenas borrarla del paisaje por todas partes por donde uno camine. Son arquitecturas formales y conceptualmente muy alejadas de las occidentales: basamentos piramidales, angostos pasadizos, numerosos cuartos de reducidas dimensiones, difícil equilibrio entre fachadas e interiores, barroquismo ornamental de fuerte contenido simbólico y complicado tratamiento, ordenación en torno a enormes plazas, ejes cambiantes, flagrantes asimetrías, sorprendentes patrones de dispersión de edificios, masivas plataformas de sustentación. En la costa peruana fue frecuente la arquitectura de adobes, a veces cónicos, que dio a veces obras de gran belleza y monumentalidad. La conquista acabó con esa tradición constructiva porque, obviamente, tales edificios representaban la quintaesencia del sistema político contra el que los españoles habían venido a competir y al que habían derrotado militarmente de manera sangrienta. Sin embargo, el siglo XIX trató de recuperar algunas de las pautas técnicas y formales de los monumentos que entonces se empezaban a liberar del olvido, de la tierra, de la vegetación y de los escombros. El resultado no fue sólo casi siempre estéticamente deplorable, incluso patético, sino que no convencieron ni a los que abogaban por enaltecer el recuerdo de la época dorada de las civilizaciones indígenas –espejo en el que habrían de mirarse los nuevos regímenes republicanos-, y mucho menos a los atribulados indígenas, preocupados sobre todo de apartarse del punto de mira de unos y otros caudillos o generales. Hasta entrado el siglo XX se levantaron en la ciudad de Mérida, capital del estado de Yucatán, por ejemplo, edificios en estilo neomaya, que hoy son pintorescas referencias para turistas avisados; también cierta cantidad de los monumentos llamados genéricamente "altares de la patria", en los que se conmemoran próceres y batallas de la independencia o la revolución, adoptaron el aire indigenista prehispánico, con serpientes emplumadas o grotescos mascarones, casi siempre desde un lamentable desconocimiento lamentable del arte y la sensibilidad de los nativos a los que se pretendía (?) honrar. En algunos de ellos los padres de la patria independiente van cogidos de los brazos con los indios antiguos para hacer frente a los odiosos españoles, pero lo que parece ser un acto de rechazo a la cultura europea que tan mal

había tratado a esos indígenas, se expresa a través de los códigos simbólicos y estéticos vigentes a la sazón en el ámbito de la civilización occidental.

De las pinturas murales que decoran muchos edificios oficiales, palacios de gobierno de México o Mérida, por citar casos relevantes, hay que hablar aparte, puesto que constituyen quizá las más valiosas muestras del pensamiento político nacionalista respecto al encaje de las tradiciones arqueológicas (vertiente iconográfica) en las propuestas ideológicas de la modernidad. Los artistas criollos y republicanos de los siglos XIX o XX pintaron al gusto neoclásico en unas ocasiones y con sospechosos aires chagallianos en otras, casi siempre murales de muy regular factura, dando el mismo valor a los ideales de la independencia o revolución (en el caso de Diego Rivera, esa revolución era mundial antes que mexicana que a los que supuestamente defendieron a los nativos precolombinos ante la oleada hispana). La ejecución del cura Miguel Hidalgo por las tropas realistas era equivalente, digamos, al asesinato de Cuauhtémoc a manos de Hernán Cortés. Y en ambas situaciones, y en muchas otras por el estilo, los españoles estaban dibujados como seres brutales de aspecto zafio y sanguinario, mientras que los jefes indígenas tenían el porte noble de los héroes de las tragedias griegas. Del lado del indio y del patriota, la luz, la ubérrima naturaleza, la convivencia en paz, la esperanza de un espléndido futuro, y del lado del español, las tinieblas, el fuego y la sangre, la destrucción y la más injusta esclavitud. ¿De qué lado debería inclinarse el mexicano amante de su nación? Lástima que en la práctica las élites de las repúblicas independientes americanas redoblaran los sufrimientos de las masas indígenas con leyes, medidas y actitudes mucho más crueles y depredadoras de lo que habían sido las españolas. El mensaje artístico se quedó en eso exclusivamente, fue, y todavía lo es cuando se produce de la misma manera, un alarde de sesgadas ideas y huecos propósitos al servicio del nacionalismo de estado.

Leopoldo Batres escribía en 1919: "Con motivo de la celebración del centenario de nuestra gloriosa independencia, las distintas Secretarías de Estado presentaron sus programas conmemorativos, entre éstos el de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien propuso que se llevaran a cabo algunos trabajos arqueológicos referentes a nuestra prehistoria que tanto interesa a propios y extraños" (Batres 1993: 45). Este protoarqueólogo mexicano, que ha sido calificado como el arqueólogo del porfiriato, fue el encargado de dirigir los trabajos en Teotihuacan, la más grande y extraordinaria de todas las aglomeraciones urbanas creadas por los indígenas del Nuevo Mundo, y se eligió la Pirámide del Sol, que es a su vez el edificio más colosal que se pueda encontrar en toda la América precolombina. Así el nacionalismo de la férrea dictadura obtenía un símbolo de la mayor categoría posible.

Muy recientemente en tiempos del presidente José López Portillo, unos obreros que trabajaban en las cercanías de la Plaza Mayor, el famoso zócalo de la ciudad de México, descubrieron un monolito que igualaba en interés arqueológico, belleza artística y trascendencia científica, al que estudiara dos siglos antes León y Gama, el de la diosa Coyolxauhqui. Tan extraordinaria era la pieza sacada a la luz que se personó en el lugar del hallazgo el presidente de la república. Cuando los expertos explicaron al mandatario de aquél, como los del siglo XVIII, era un vestigio del recinto sagrado de México-Tenochtitlan, donde se agrupaban los principales templos y cenobios de la capital de los aztecas, López Portillo sin duda preguntó si era posible que hubiera más restos en los alrededores. Desde luego, debieron decirle, toda la zona es de enorme riqueza arqueológica, por aquí mismo se encontraba el gran teocalli, el templo mayor dedicado a Huitzilopochtli y Tláloc. Entonces el presidente sugirió que se iniciara una excavación extensiva para desenterrar esas muestras de la grandeza del pasado azteca. Este diálogo verosímil transcurría en el mismo centro histórico de la ciudad actual, y los arqueólogos indicaron que para llevar a cabo una gran excavación sería necesario derruir numerosos edificios, algunos modernos pero también otros de enorme valor para la historia y el arte. La conclusión fue una de las excavaciones arqueológicas más importantes, polémicas y políticas de las que se pueda tener noticia. Los periódicos tomaron posiciones, los particulares también, se sucedieron las protestas, defensores y detractores del mastodóntico proyecto se enzarzaron en agrias discusiones, llovieron los millones, se reformó completamente el área, se desvió el tráfico, se expropiaron viviendas y locales comerciales, decenas de personas se pusieron a trabajar ininterrumpidamente, se levantó un magnífico museo de sitio —en cuyas paredes exteriores campean sendos mensajes nacionalistas, uno de ellos a partir del mensaje de un cronista español—, se crearon muchos puestos de trabajo permanentes y se publicaron lujosos volúmenes glorificadores de la civilización prehispánica (véase Rivera, 1982).

Episodios de esta clase son típicamente mexicanos, ningún otro país de América tiene, que yo sepa, una gran cantidad de proyectos arqueológicos "presidenciales", es decir, acogidos al patrocinio directo del presidente de la república, que asiste a las "inauguraciones" de los conjuntos restaurados o abiertos a los visitantes, y financiados generosamente por las arcas del Estado. Ningún otro país posee un Instituto Nacional de Antropología e Historia con rango casi ministerial, con un extraordinario poder y abundantes medios materiales. Y sólo en México los éxitos de un arqueólogo pueden reportarle intensos beneficios políticos, alta consideración popular y un ilimitado respaldo oficial. Esa implicación del nacionalismo en arqueología es quizá hoy fuente de sustanciosos beneficios para la disciplina, qué duda cabe –en ningún otro lugar del continente, salvo en Estados Unidos, claro, está tan reconocido, amparado y difundido el conocimiento antropológico en general y el arqueológico en particular, -una situación que nos produce a los españoles a menudo envidia-, pero, también, en ocasiones, parece un dogal que frena, encamina y obstaculiza. Por otra parte, apenas hay que hacer un esfuerzo de observación para notar que los símbolos nacionales, discretamente repartidos por Europa, son ostentosos en América Latina, y que al otro lado del Atlántico adoptan frecuentemente las formas de los monumentos u objetos de la antigüedad: en las monedas y billetes de banco, en los sellos de correos, en los anuncios publicitarios, en las cabeceras de las publicaciones periódicas, en el callejero, en la toponimia rural, etcétera. Las contradicciones que tal actitud fomenta son, a mi modo de ver, elementos de primera magnitud para la calificación sociológica de unos pueblos que todavía se debaten en el filo de la modernidad, en el laberinto de los signos culturales opuestos y complementarios, en la duda de las identidades posibles y mal definidas. Es decir, pueblos que parecen, a veces, camellos empujados hacia el ojo de la aguja.

BIBLIOGRAFÍA

Batres, L. (1993): "El "descubrimiento" de la pirámide del Sol". *Arqueología Mexicana*, vol. 1, nº 1: 45-48. México.

Bernal, I. (1979): *Historia de la Arqueología en México*. Porrúa. México.

Rivera, M. (1982): "Mitos y Ritos del Templo Mayor de México". *Historia* 16, nº 77: 69-77. Madrid.

Torelli, M. (1991): "Arqueología y Fascismo". *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*: 243-249. Ministerio de Cultura. Madrid.